

¿SALVAR EL PLANETA?

Las últimas décadas se han caracterizado, entre otros, por el surgimiento de una obvia y honda preocupación por la progresiva destrucción de la vida en nuestro planeta y el bienestar futuro de la humanidad. Son innumerables las personas, organizaciones y gobiernos que se han pronunciado con energía acerca de un futuro incierto o, más bien, catastrófico, que acecha por doquier. Muchas iniciativas importantes se han orientado a reducir, o a tratar de reducir, el continuo deterioro ambiental que produce la incontrolada actividad de los seres humanos.

La comunidad científica ha sido abanderada en la lucha emprendida, y numerosas instituciones mundiales, incluyendo a las Naciones Unidas a partir del informe Bruntland, se han pronunciado con claridad y motorizado acuerdos multinacionales tendientes a controlar el cambio climático que está teniendo lugar y la destrucción progresiva del ambiente.

A pesar de ello, lo cierto es que los esfuerzos realizados en ese sentido no solamente parecen ser insuficientes, sino que la situación empeora. Al tiempo que tienen lugar avances importantes, en particular en el campo de las tecnologías de información y otras, la seguridad alimentaria y la de agua se hacen cada vez más precarias por doquier. Mientras se perpetra lo que bien se puede calificar como un verdadero crimen ambiental, los retos a la convivencia democrática, la opresión creciente a la libertad de expresión por parte de regímenes autocráticos y las violentas amenazas de soluciones extremas a los conflictos internacionales reducen aún más las expectativas de un planeta acogedor para las generaciones por venir.

La espantosa mortandad provocada en los dos últimos años por la pandemia que aún no pareciera finalizar resulta ser un mal menor si se le compara con la pérdida de cobertura arbórea del planeta, debida al calentamiento global, al cambio de uso de las tierras, a plagas y, tristemente, a

fuegos. Estos últimos fueron responsables, en el año 2021, por más de un tercio de las pérdidas de esa cobertura, que a su vez son enormes.

Por su parte, en nuestra región la insaciable búsqueda de riqueza y ganancias a cualquier costo ha llevado a la explotación incontrolada y desmedida de los bosques de la Amazonía y la Guayana, así como también de la vida animal en los ríos y océanos. Pareciera que el que las selvas vayan desapareciendo de la faz de la tierra o que los océanos se llenen de materiales plásticos es menos importante y tiene menores consecuencias que la acumulación de riqueza. Ante un mayor rendimiento de los capitales invertidos, poco importa la destrucción del planeta que ha permitido evolucionar hasta el punto en que la humanidad se encuentra.

Un interesante ejemplo de lo expuesto en estas líneas se revela con claridad en uno de los trabajos incluidos en este número de *Interciencia*. Allí, a través del estudio de las licencias otorgadas durante cuarenta años en el sur de Chile para la explotación industrial en granjas de salmón, se pone de manifiesto el peligro que representa para el ambiente y los recursos naturales la voracidad de los negocios de una importante industria en una de las pocas zonas que aún se conservan relativamente prístinas en las Américas. Los efectos observados y los previstos rebasan el marco específico de la piscicultura y también alteran la ecología cultural en la región.

Gracias a su lejanía, el extremo sur de la Patagonia chilena y sus habitantes aborígenes aún conservan rasgos de virginidad y, hasta ahora, ha podido sobrevivir a la vorágine traicionera de buscadores de ingresos.

MIGUEL LAUFER
Director, *Interciencia*